

**Presentación del Doctorado**  
*honoris causa* **en Salud Pública**  
**a la Dra. María Isabel Rodríguez**  
**Rectora de la Universidad de El Salvador**

José M. Tojeira\*

Para justificar un Doctorado *honoris causa* a la Dra. María Isabel Rodríguez tenemos demasiadas razones y demasiados datos de calidad profesional. Resumir lo valioso de su vida es todavía mucho más complejo y se necesitaría más tiempo del que disponemos. Entre las dos posibilidades, creo más interesante para todos nosotros reflexionar sobre una vida y una personalidad como la de nuestra hoy nueva doctora de la UCA.

Cuando conocí a la Dra. María Isabel, no me imaginaba con quien me estaba encontrando. A lo largo de los ya casi ocho años que tengo de tratar con ella, he ido descubriendo su enorme personalidad y lucidez. Y digo lucidez, en un sentido muy particular. No solamente en referencia a su clara y potente inteligencia, sino a esa especie de luz personal que irradia desde ella, en la forma de sabiduría acumulada, sensatez humana y profunda bondad.

Podríamos ahora recorrer sus títulos y distinciones, justos reconocimientos a una historia de entrega a la academia, y desde ella, al pueblo salvadoreño y latinoamericano. Podríamos también reseñar sus publicaciones, y señalar, una tras otra, la enorme conciencia social con la cual nuestra Doctora une medicina, docencia y servicio a la población centroamericana. Sería lo más fácil, pues la lista de méritos es larga, así como de trabajos desempeñados y publicaciones. Pero creo que en el contexto salvadoreño actual es más importante utilizar este momento para reflexionar sobre el significado de una vida dedicada a la Universidad, a la investigación y a la docencia.

María Isabel Rodríguez es ante todo maestra. Docente en el campo de la medicina, organizadora de los estudios, en ese campo del saber, organizadora, a partir de su experiencia, de formas más amplias e inteligentes de educación superior, pero sobre todo, y desde su propia profesión, maestra de vida. Con un tipo de magisterio que emana, no tanto del conocimiento de técnicas, pensamientos y doctrinas, que por supuesto también lo tiene, sino de un saber vivir y saber ser. En un mundo tan complejo como el actual,

\* Rector de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas".

y en una sociedad tan competitiva como la nuestra, tendemos con frecuencia a valorar excesivamente la excelencia. Excelencia académica, excelencia en los negocios, excelencia en el instrumental técnico. Excelencia, sin embargo, que con frecuencia se asimila a la competitividad del mercado y margina o excluye a quienes no alcanzan los baremos establecidos. Y entre nosotros, no estar en el tercio superior significa, las más de las veces, pobreza, enfermedad, mal trato y falta de oportunidades. En realidad, la excelencia en el manejo del conocimiento, aunque es importante y necesaria, no garantiza la opción por una convivencia humana, fraterna y solidaria.

Al contrario, cierto tipo de excelencia, al menos autoproclamada, ha convivido demasiado fácilmente en El Salvador con la injusticia social, con la terrible violencia de las guerras civiles, con la exclusión y la indiferencia ante el dolor del pobre. La enorme y creciente disparidad en el ingreso no puede justificarse con la excelencia de unos frente a la mediocridad de otros, cuando es el trabajo de todos y todas el que produce la riqueza de nuestro país.

Por eso, frente a la pura excelencia en el manejo técnico de los problemas se alza, no como estilo ni valor opuesto, sino como complemento indispensable, lo que en la tradición del pensamiento se llama sabiduría. Es ese modo de ir acumulando, junto con el conocimiento de la realidad, la capacidad para apreciar la vida, de comprenderla y de extenderla, humanizadamente, a todas, todos, y todo lo que nos rodea. Ni el progreso ni el desarrollo técnico y científico convierten automáticamente a la persona en un ser más humano. Los sentimientos profundos de humanidad se desarrollan desde otra perspectiva. Desde la capacidad de contemplar al otro o a la otra como igual en dignidad, construido y construida desde la misma materia, poseedores de ese mismo don al que llamamos espíritu, ávidos de crear, de esperar, de amar. Los electrocardiogramas, valga la comparación, por ser nuestra doctora experta en estos temas, nos describen con excelencia el funcionamiento del corazón. Pero no nos pueden decir hacia donde se dirigen sus latidos. Ahí, en el hacia dónde, es donde se encuentra la sabiduría, que da sentido al permanente y acelerado latir. Por eso, son indispensables las personas que logran hacer la síntesis entre ciencia y sabiduría, entre conocimiento científico y propuesta de humanización, abierta a todos y todas.

Aunque es evidente que en la Universidad debemos aspirar y promover la excelencia académica, de poco nos serviría si no enseñamos a nuestros jóvenes a vivir. Y vivir hoy pasa, necesariamente, por opciones solidarias, abiertas, constructoras de convivencia humana, donde la paz y la justicia se besen, utilizando la conocida y bella metáfora bíblica. Desde esas opciones, debemos acrecentar en nuestros jóvenes la capacidad de discernimiento. Porque, al contrario, si dejamos que quienes marquen los valores de fondo sean las tendencias de una competitividad individualista, que nos habla siempre de la sobrevivencia del más fuerte, o la mercadotecnia actual, empeñada en sacar lo propio adelante, sin reflexionar adecuadamente sobre la ética, nuestras sociedades se verán cada día más envueltas en esa perspectiva oscura de futuro, que hoy empuja a tantos salvadoreños a emigrar. La excelencia que buscamos no puede convivir con la exclusión ni mucho menos vivir y desarrollarse a base del dolor, el subdesarrollo y la marginación de las mayorías.

Las tapias, los muros alambrados, no deben ni pueden ser el símbolo de nuestras sociedades, como a veces parece decirnos un sector prepotente de nuestros vecinos del norte, y como a veces nos vemos obligados a imitarlos, ante el problema de las guerras, la violencia y el crimen que la injusticia produce en nuestras tierras.

María Isabel Rodríguez optó, desde los inicios de su vida académica, en favor de que la sabiduría, en este sentido hondo y humano que le damos, fuera la que orientara a la excelencia. Por eso, decíamos, es para nosotros una maestra de vida. Ella sabe que la realidad se construye trabajosamente y no le teme a las noches de desvelo. Tampoco la acobarda el qué dirán, la envidia o el fracaso. Sabe dónde ha puesto su corazón y está convencida de que lo mejor de la Universidad es contribuir al desarrollo de oportunidades, al diálogo entre los seres humanos, y a la solidaridad que construye justicia y se concentra preferentemente en el olvidado y el pobre. Tiene, como decía Ignacio Ellacuría, en el vigésimo aniversario de fundación de la UCA, la capacidad para impulsar un “saber universitario operativo”. “Un saber riguroso, ejercitado por los mejores talentos y los mejor preparados, cada uno en su propia especialidad, pero de modo que se alcance un saber organizado y totalizador”. Un saber que no es fácil, que requiere labor dedicada y trabajo en equipo, investigación e interdisciplinariedad constante. Un saber, en definitiva, que “podrá ofrecer soluciones a los grandes problemas de la realidad nacional, que son los de mayor incidencia en la vida de las mayorías populares” (Ellacuría, “Veinte años al servicio del pueblo salvadoreño”). Estoy seguro que Ignacio Ellacuría y sus compañeros estarían orgullosos, si hoy vivieran, de tenerla aquí, a su lado, en este momento.

Este saber que busca entender los problemas en su complejidad y resolverlos desde los más diversos acercamientos científicos, y esta sabiduría personal, que se acerca humanamente a los problemas, los ha ido plasmando la Dra. María Isabel Rodríguez en la Universidad, en la Organización Panamericana de la Salud, en sus trabajos de investigación y en todos sus esfuerzos en pro de la salud y la educación de nuestros pueblos latinoamericanos. Todos conocemos su trayectoria, pero debemos, además, hacer presentes aquí a algunos sectores que son conscientes, agradecidamente, de los esfuerzos de la Doctora por unir excelencia y sabiduría, calidad académica y calidad humana. Son, en primer lugar, y desde hace bastantes años, un buen número de profesionales de la medicina que vinieron becados a la Universidad de El Salvador, desde zonas rurales y marginales, donde la inteligencia apenas si tenía oportunidades. Son también los jóvenes, niños y niñas muchos de ellos todavía, que participan en la escuela de jóvenes talentos, recibiendo, desde la tierna edad, esa semilla de apertura a los demás y responsabilidad solidaria, que los ayudará a crecer en el presente con excelencia y sabiduría. Y somos todos, en la vida universitaria salvadoreña, que hemos visto crecer de nuevo a la Universidad de El Salvador en sus dimensiones científicas, en su medio ambiente cultural y ecológico, en su nuevo rostro de Universidad limpia, acogedora y renovada, en su responsabilidad creciente con una juventud carente, en tantos aspectos, de oportunidades. Que esta mujer, actual Rectora de la Universidad de El Salvador, haya animado al ejercicio de la inteligencia a personas que han sido recientemente candidatas al premio Nobel de Medicina, a médicos eficientes y éticos, que han contribuido a mejorar

la medicina en El Salvador, y a jóvenes y niños de zonas sin oportunidades, refleja el espíritu universal de esta servidora de El Salvador que es, al mismo tiempo, servidora de América Latina, y a través de algunos de sus alumnos, servidora de la humanidad.

**María Isabel Rodríguez optó, desde los inicios de su vida académica, en favor de que la sabiduría, en este sentido hondo y humano que le damos, fuera la que orientara a la excelencia. Por eso, decíamos, es para nosotros una maestra de vida. [...] Sabe dónde ha puesto su corazón y está convencida de que lo mejor de la Universidad es contribuir al desarrollo de oportunidades, al diálogo entre los seres humanos, y a la solidaridad que construye justicia y se concentra preferentemente en el olvidado y el pobre.**

La sabiduría se refleja siempre en la palabra. Incisiva, suave, animadora, reflexiva, sonriente, tolerante, con una ironía no exenta de ternura, María Isabel Rodríguez es también maestra de la palabra. En ella no hay trecho del dicho al hecho. Habla desde la coherencia personal y desde la libertad de las personas de bien. Ilumina, reflexiona e impulsa a la acción. Y se compromete ella la primera. Impresionante servicio en un mundo en el que la palabra es con frecuencia suplantada por sonidos, voces y algarabía publicitaria, más dirigidos a agradar, manipular o incluso embrutecer que a iluminar y a crear. Unir discurso, pensamiento y acción, palabra y fuerza creativa, es de nuevo un servicio universitario indispensable, en un mundo donde la idea se confunde demasiadas veces con el interés particular. Un servicio que con su sencillez y su paz interior, nos sigue brindando nuestra Rectora.

Cuando se trata el tema de las universidades, su diversa calidad, su excesivo número, algunos opinan que la Universidad de El Salvador, como única universidad nacional, debería ser la rectora de la educación superior. Sin entrar en la discusión del tema (no es este el momento), me atrevo a decir que el gran reto de la Universidad de El Salvador no es tener mayor o menos autoridad sobre el resto de las universidades, sino tener el liderazgo y el impulso universitario que muchos queremos para ella. Y Usted, Doctora, está caminando por la ruta correcta. Impulsando la investigación, apoyando a los docentes, haciendo amigable el hábitat universitario, abriendo la Universidad de un modo racional, científico y amplio a la realidad de El Salvador, está forjando el nuevo liderazgo que deseamos para la Universidad de El Salvador y que nos ayudará a todos a cumplir cada día mejor nuestra misión de aportar universitariamente a la transformación de este país, que en ocasiones tanto nos duele.

En la invitación a este doctorado, incluíamos una cita bíblica que contiene, ya en semilla, lo que hemos estado repitiendo: "Radiante es la Sabiduría, jamás pierde su brillo". El paso de los años nos deteriora a todos. Disminuye fuerzas y bríos, limita posibilidades, acorta y reduce ilusiones y esperanza. Pero aquellas personas que han accedido a la auténtica sabiduría, la sabiduría del saber ser, del saber decirse a sí mismas, iluminando al mismo tiempo la realidad humana, y del saber darse a los demás, esas, no pierden su resplandor. Al contrario, lo depuran. María Isabel Rodríguez nos enseña esa "senda por donde han ido, los pocos sabios que en el mundo han sido". Pero no la senda antigua de quienes buscaban la soledad, como el poeta que he citado,

para alejarse de aquellos a quienes “la sangre ensalza o el dinero”. Nuestra Doctora nos muestra la nueva senda del caminar arduo, del permanecer de pie, siendo faro de esperanza de un mundo nuevo, en el cual “el pobre crea en el pobre”, como dice la canción popular salvadoreña, y todos podamos decir libertad, desde el taburete fraterno del banquete compartido.

Señora Rectora de la Universidad de El Salvador, María Isabel, amiga nuestra, amiga de todos y todas, hermana y madre de El Salvador, recibiendo esta distinción nos honra Usted a nosotros mucho más de lo que nosotros la honramos a Usted. Gracias por estar hoy en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”.

San Salvador, 15 de noviembre de 2006.